

Año I — N° 2

Octubre de 1927

# Anales de la Facultad de Ciencias Médicas

Profesor Dr. José P. Montero

*Ex Decano de la Facultad de Ciencias Médicas*



Hemos perdido a otro de los buenos. Otro de los buenos y verdaderos maestros, cuyo recuerdo se identificará con el de los Pérez, Lefás, Peñas.

Hombre bondadoso y profesor distinguido; le cupo por sus indiscutibles luces, destacarse con relieves propios.

Desde los más elevados puestos públicos en que actuara,

ya sea desde el parlamento, desde el ministerio, y más tarde desde la primera magistratura del país, se dedicó con preferencia al mejoramiento de nuestras instituciones sanitarias, de la beneficencia social y docencia universitaria.

Le sorprendió la muerte mientras ocupaba la cátedra de Clínica Médica en nuestra Escuela de Medicina y cuando se esperaba mucho aún de él.

RESOLUCIONES ADOPTADAS POR EL CONSEJO DIRECTIVO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS, CON MOTIVO DEL DECESO DEL DOCTOR MONTERO

El Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Médicas se reunió en fecha 7 de Junio en sesión extraordinaria, accordando las siguientes resoluciones:

- 1.<sup>o</sup>.—Ponerse de pie en homenaje del ilustre muerto;
- 2.<sup>o</sup>.—Colocar la bandera de la Facultad a media asta, desde la fecha hasta la hora del entierro;
- 3.<sup>o</sup>.—Suspender todas las clases en la misma Facultad, durante 48 horas;
- 4.<sup>o</sup>.—Designar al señor Catedrático, Dr. D. Ricardo Odriosa, para que en nombre de la Facultad y del Claustro de Profesores de la misma, haga uso de la palabra en el momento del sepelio;
- 5.<sup>o</sup>.—Pasar una nota de pésame a la familia del extinto;
- 6.<sup>o</sup>.—Designar a los catedráticos, Dres. Gerardo Laguardia, Benigno Escobar, Eduardo López Moreira y Silvio Lofruscio, para velar el cadáver en la casa mortuoria;
- 7.<sup>o</sup>.—Colocar el retrato al óleo del extinto, en la sala de galería de ex-decanos de la Facultad de Medicina;
- 8.<sup>o</sup>.—Enviar una corona de flores naturales que deberá ser depositada sobre el féretro.

Discurso del doctor Ricardo Odriosa pronunciado en el cementerio de la Recoleta, con motivo del sepelio de los restos del Dr. Montero

*Señores:*

Por un designio fatídico las inteligencias más brillantes han desaparecido en forma inesperada y prematura, dejando vacíos difíciles de llenar en el Claustro de Profesores: Facundo Insfran, el maestro bondadoso, el cariñoso amigo de los estudiantes; Manuel Pérez, el cerebro luminoso, herido de muerte en plena línea de combate; Manuel Peña, el talentoso catedrático que había transportado a nuestras aulas la didáctica francesa; hoy Montero que después de una excursión en la vida política, donde le llamaban su acendrado patriotismo y sus altas dotes oratorias y de eximio escritor, había vuelto al seno de la familia médica, entre sus compañeros, sus buenos amigos; usando las palabras que surgieron de sus labios de moribundo, seguro estaba de encontrar como siempre la lealtad y la sinceridad que añoraba, el reconocimiento de sus méritos, acervo que secundado por su férrea voluntad le facilitaría reconquistar la envidiable situación profesional abandonada al calor de falsos y efímeros triunfos.

Y alentado por sus colegas en este afanoso empeño veía realizados sus deseos cuando el Decanato de la Facultad de Medicina requirió su concurso para la más alta cátedra, la Clínica Médica. Dispuesto siempre a servir a su país, aún a costa de sacrificios volvió a la Escuela donde ya fuera antes de ahora distinguido Profesor y Decano. Entró a reemplazar al doctor Carlos André y apesar de su alejamiento de la enseñanza y de la vida profesional, sus esfuerzos fueron tan eficientes que se pudo colocar a la altura de la confianza depositada en su persona.

En la asamblea de Profesores, llamada para constituir el Consejo Directivo de la Facultad en cumplimiento de la Ley de su creación, el Profesor Montero obtuvo mayoría absoluta.

Bachiller en 1896, Montero ingresaba el año siguiente en la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Allí dejó huellas de laborioso en los distintos servicios que le tocara recorrer en su lucida carrera universitaria y en sus antiguos camaradas la

impresión de singular distinción que le procuraban sus cualidades de correcto caballero. Como estudiante y como hombre mantuvo siempre a un nivel superior el prestigio de su nacionalidad. Se daba cierta conferencia presidida por el entonces Profesor de Patología General, doctor Wermke, cuando se suscitó una discusión a causa de la citación del distinguido facultativo doctor Héctor Velázquez como el primero que descubrió la existencia de la anquilostomiasis en América del Sur. A pesar de todo, el estudiante Montero reivindicó la propiedad para el médico paraguayo.

Incorporado al cuerpo médico nacional en 1905, rápidamente se impuso por su vasta cultura, su asiduosidad en el cuidado de los enfermos y su acierto en el diagnóstico. En las materias de su predilección, Obstetricia y Ginecología, era toda una autoridad. Fue el fundador de la Escuela de Obstetricia y actualmente dictaba cátedra en la misma. Pero de todas las cualidades que enaltecen al hombre y lo elevan sobre los demás, se destacaban en el doctor Montero, la firmeza de su carácter y una bondad a toda prueba; cuando la desconsolada esposa lloraba á su lado la desgracia de que su mal no tuviera remedio, estas dos cualidades fueron ponderadas entre sollozos; bueno al punto de encontrar hasta para sus enemigos una amable disculpa. Ser digno en estos tiempos en que esta cualidad no es indispensable y la bondad no se estima en su verdadero mérito, es particular distinción que cuesta bien caro.

Es justicia mencionar que fuera del ambiente médico nunca olvidó los problemas sanitarios nacionales cuya solución le preocupaba hondamente. En el Ministerio del Interior obtuvo la nacionalización del Hospital de Caridad contra una fuerte e injustificada oposición y de ese momento datan los progresos de ese nosocomio. En la Presidencia de la República auspició la lucha contra las enfermedades endémicas del país, creando una zona sanitaria en la Capital. Envió al Congreso un proyecto de ley que creaba recursos para este efecto, hoy en vigencia y constituyendo una de las principales fuentes de sostentimiento del Consejo de Higiene y Asistencia Pública. La circunstancia de haber dejado la vida profesional un lapso de tiempo no fué óbice para cumplir con la misión que el médico

desempeña en la sociedad y su encumbramiento puso como acaba de verse, al servicio de ese cometido.

El médico desempeña indudablemente un rol importante en el porvenir de los pueblos. Finlay ha influído más que los políticos cubanos en el porvenir de su Patria. Osvaldo Cruz ha transformado el Brasil en un país encantador, en un emporio de riqueza un territorio malsano y temido por los extranjeros que era antes de su actuación.

En este sentido el doctor Montero ha contribuido a nuestro progreso estudiando y planteando la solución de nuestras cuestiones sanitarias. Modelo de amigo en el amplio sentido de la palabra, médico conciente de sus deberes, de conducta rectilínea como funcionario, admirable expositor como catedrático, político consecuente, su vida en los distintos aspectos era fuente de enseñanza.

Las generaciones futuras juzgarán mejor que nosotros a este espíritu superior y lo colocarán en el lugar reservado a los hijos predilectos de la Patria.

En nombre del Consejo Directivo de la Facultad y del Claustro de Profesores, traigo ante la tumba abierta de este ilustre varón, la expresión del sentimiento que nos ha causado su partida.

\* \* \*

Palabras del Sr. Julio M. Morales,

PRESIDENTE DEL CENTRO ESTUDIANTES DE  
MEDICINA

Señores:

Existe una ley de la naturaleza que sin cesar golpea nuestro corazón y tortura nuestra mente. Es ella tan vieja como la vida, y sin embargo las luces que a lo largo de los siglos han ido dejando las civilizaciones, no han influido sobre la densa obscuridad que la envuelve.

Hoy como ayer, la muerte es tan dolorosa para el corazón que vibra al impulso de misteriosas ondas y tan torturantes para la mente que en vano se atormenta para explicarla.

Es por eso, señores, que hoy, cuando llegamos hasta este recinto silencioso y sagrado de los que fueron en pos de la enterrada, a este sitio, limbo del eterno desconocido donde nave-

gan las almas de los muertos, donde venimos a dar el postrero adiós al profesor Montero, bajo un pesado silencio, sentimos en el corazón una extraña expresión y asoman las lágrimas a nuestros ojos.

Es que esa inquietante ley ha hecho que cesara el ritmo de un corazón tan querido al nuestro, ha hecho que el espíritu claro y hondo del maestro, aquel espíritu que supo siempre comprender nuestras inquietudes de renovación, que prodigó su culto en los altares de la ciencia y al que la pasión no pudo deslustrar jamás — se perdiera — se elevara en la inmensidad; ha cerrado para siempre esa boca que en la florida cascada de sus discursos, al par que nutría nuestros cerebros, con generosidad y con cariño, deleitaba nuestros oídos con la música de sus palabras de galano orador.

¿Cómo no sentirse así poseído de indecible congoja, cómo no hemos de tener lacrimosos los ojos, cómo no ha de revelarse el corazón? Más todavía cuando nos deja lejos aún del crepúsculo de su vida?

Porque, señores, cuando la intrusa se interpone al paso de los hombres que han sabido hacer vibrar el íntimo cordaje de nuestros afectos, el alma se entrista, pero el dolor es aún mayor cuando como en el caso del llorado maestro a quien venimos a acompañar, el vendaval troncha una existencia promisoria de días de fructífera labor.

Profesor caballeresco y distinguido: la casa donde vuestra palabra autorizada y bella resonara hasta ayer, está silenciosa; de sus dinteles cuelgan fúnebres crespones, ha cesado la algarabía de esa masa juvenil que con tanto respeto escuchara vuestra palabra de maestro, y de cuyas inquietudes y desvelos no permanecisteis extraño; y nosotros vuestros alumnos, estamos aquí a vuestro lado, con el llanto en los ojos y el corazón atenazado por el dolor, estamos aquí, para murmurar, con la lengua entorpecida por la profunda emoción, nuestra plegaria humilde pero muy honda y muy sincera.

Profesor Montero:

El Centro Estudiantes de Medicina, al daros su último adiós, os rinde una vez más el homenaje de su admiración y de su gratitud.